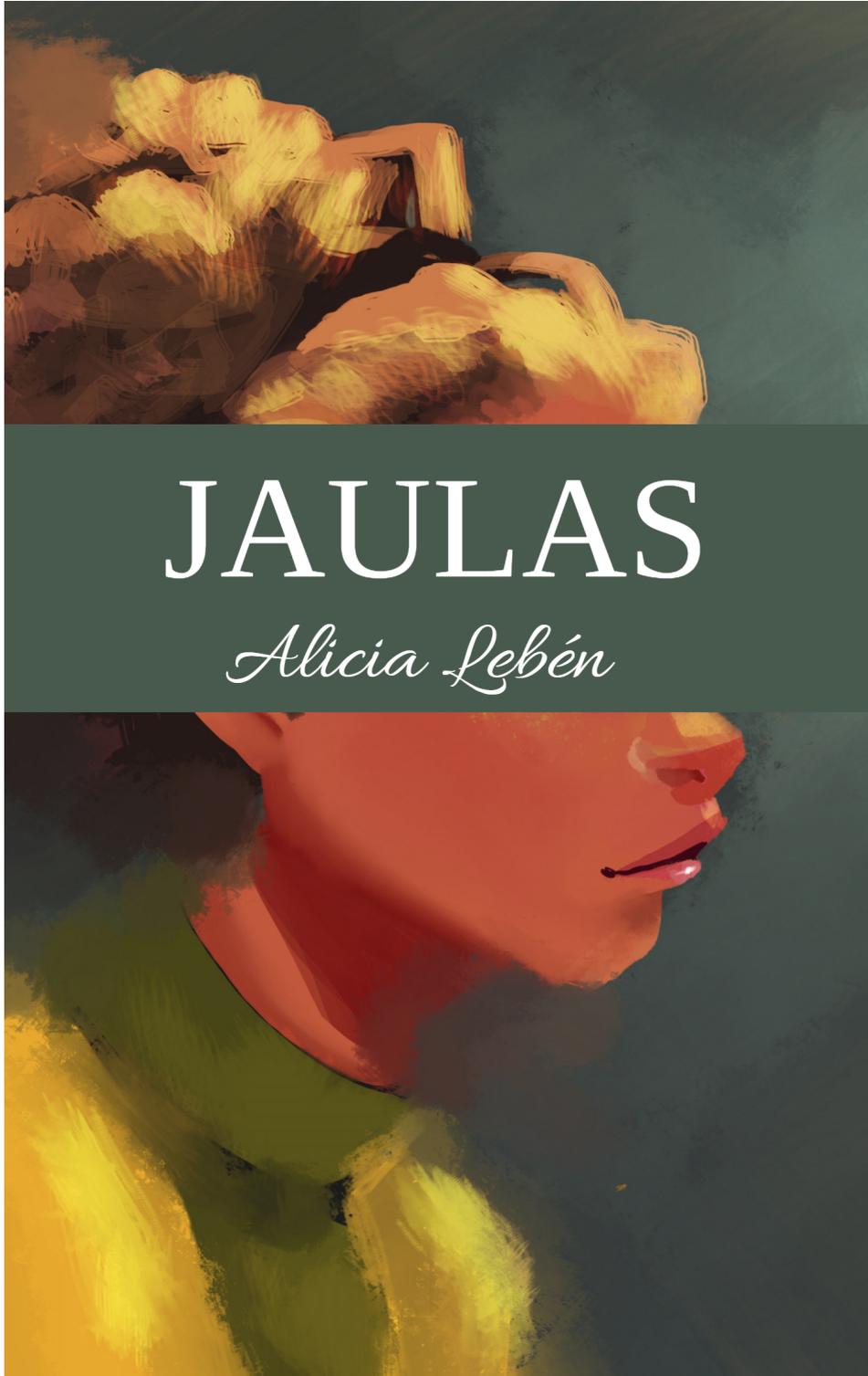


Jaulas

Alicia Lebén



Capítulo 1

Durante ese invierno se miraron, se observaron detenidamente, todo aquello que habían olvidado; los ojos, las manos, el cabello, las facciones que les eran ajenas. Eran desconocidos.

Se sentaron y se invitaron una copa, bebieron hasta altas horas de la noche, hablaron, se contaron sus historias, sus miedos, se rieron, rieron mucho...Recordaron, lloraron y leyeron libros en los parques, lloraron mucho, si mucho. Susurraron con miedo a ser escuchados entre tanto silencio.

Miraron pero esta vez a sus retoños; esos que habían cultivado en los días de primavera, que no escuchaban porque el ruido del "quehacer" humano no les dejaba las fuerzas, se las había arrancado una a una, desojándolos. Detuvieron su tiempo siempre tan aprisa para jugar como niños pequeños con la bola de pelos; con apesoso y molesto como le llamaban cuando su invierno se hacía crudo, le escribieron, le cantaron canciones, le miraron como un ser viviente, le desataron las cadenas y le abrieron las jaulas y volaron las plumas y volaron los sueños y volaron los silencios y los parques solitarios y las tabernas de mala muerte.

Se exploraron, se vieron las espinas y las rosas; cada pétalo, se tocaron el rostro para sentir que estaban vivos, se sintieron vivos, a veces muertos, a veces nada. Cuando el invierno se volvió aún más crudo, se golpearon las frentes y las almas, se bañaron las penas y las glorias, se ensuciaron el cabello y la cara pintada, los trajes de lujo y las finas prendas, se arrugaron el alma y plancharon el espíritu; ese que no sacaban desde el otoño de 1900 no me acuerdo.

Sacaron a la vida y a la muerte del closet, se tragaron la llave y se atragantaron de nostalgia, de desidia, de esperanza, del recuerdo de un niño, de inocencia, de los abuelos y de las madres, de la música disco y de la vida loca.

Cuando el otoño recogió las hojas caídas, las lágrimas, los besos guardados en un cofre, las miradas esquivas, los regaños del viento y de la lluvia, los deseos, las turbulencias... Habían cambiado nuevamente; se pusieron los *headphones* y las locomotoras, se atiborraron de ruido, de ceniza, de música a todo volumen, olvidaron los sueños y las cadenas de los perros, las jaulas y los pesares, bailaron *what is love* mientras volvían a sus " quehaceres" humanoides, se marchitaron los retoños, las bolas de pelo, las plumas, los parques, los sonidos del silencio, olvidaron el vino y

los rostros, se sintieron vivos, a veces muertos, a veces nada.

Alicia Lebén. Derechos reservados

Capítulo 2

¡Encontramos la cura! –Gritaron los científicos extasiados y abrazándose unos a otros como si no lo hubieran hecho en años. Uno de ellos seguía en una esquina sentado, cabizbajo y evidentemente preocupado con las manos en la frente y un gesto de desesperanza. Uno de los médicos que pasaba haciendo ronda se le acercó y quitándose las medidas de seguridad le abrazo fuerte, el hombre no parecía reaccionar, entonces le preguntó –¿Qué le pasa amigo , no ve que se acaba de inventar la cura ¡Estamos salvados! –dijo mientras sonreía y se miraba de reojo en el reflejo de la ventanilla ¡Hace meses que no me veía los dientes!

El hombre de la esquina lo miró con cierta extrañeza –¿No se da cuenta de lo que pasa? –musitó , todos están felices porque hemos sido curados del cuerpo, pero y el alma, ¿Quién cura el espíritu, quién acaba con la maldad de nuestros corazones? Seguimos enfermos, temo decirle, el virus que vive hace millones de años en nosotros aún no ha sido exterminado.

Alicia Lebén. Derechos reservados.

Capítulo 3

El Alma y el Verbo

Hallo ciertas similitudes del alma con el pretérito del verbo que como el mismo se denomina es perfecto;
en sus días malos reniega contra su propia estampa
se llama a si mismo imperfecto, no concreta los finales y no sabe cerrar ciclos.

Se levanta de mañana a recordar cuando era simple
y no vivía de los recuerdos,
con palabras finalizaba historias y suturaba las heridas,
en su pluscuamperfecto amanecer se tortura remembrando y se pierde en el insomnio,
-Hube mirado esos hermosos ojos -se reprocha sin benevolencia y sonríe
mientras se siente clásico en los versos y en las obras de los hombres.

Entre tanto y nada se escribe idílico y anterior a su tiempo
irónicamente espera el presente, mientras el futuro simple, ya no lo es tanto.

Alicia Lebén. Derechos reservados.

Capítulo 4

Relato

Don Eustaquio y doña Inés, mis vecinos de enfrente, son dos viejitos muy particulares. A eso de las 3 pm cuando he terminado de servirme el almuerzo y me siento en la ventana a observar pasar la vida (como yo le llamo) mi madre lo diría de una manera completamente diferente –Claro. Se sientan en sus dos sillitas mecedoras de esas que tu notas enseguida que llevan los recuerdos de toda una vida a cuestas.

Respiran lento y constante, el viejo Eustaquio se sirve un café oscuro de la greca y taja el pan francés que Inés trajo en la mañana, la vieja le refuta porque ayer en la tarde le boto los cigarrillos, los últimos que quedaban. Ellos no quieren salir, se nota, se han pasado toda la mañana dando vueltas por la casa y encendiendo la televisión para ver si por fin se ven buenas noticias.

El teléfono repicó tres veces y Eustaquio con su caminar lento lo alcanza en el tercero y se le va un poco la respiración, ¡Mija! es Raquelita. Inés deja al lado el tejido y se en cursa hacia la sala – ¡Quiubo mami! –Dice Raquel con esa voz extasiada por el encuentro. La llamada dura horas y la sonrisa de Inés se queda hasta ya entrada la noche.

Yo sigo el paso lento pero seguro del viejo mientras se acerca a la alcoba, un pequeño bulto se asoma entre los pantalones de lino, tiene la cara sonrojada y una mirada algo vidriosa. Asoma la cabeza ligeramente a la habitación donde Inés está viendo la repetición de la novela de las 5 pm, le encanta saber lo que pasara sin tener que esperar a que se acaban los comerciales.

Se comenta a si misma los muchos enredos de “nanita” la protagonista de la historia, ¡esta muchachita pendeja! Como se dejó llenar la barriga de huesos –Dice otra vez hablándole a Oreo el perro chiguagua que le compro Eustaquio en el mercado para que la acompañara y que lleva con ellos más de 10 años.

Hash –yo pensé que ese verraco perro no te iba a durar tanto vieja, imíralo mirando novelas contigo y acostado en mi lado de la cama! Se ve hasta tierno el condenado.

El viejo se escurre lentamente hasta el lado de la cama que conserva un pequeño espacio y acomoda los pies, de una forma muy graciosa salta con

sobresalto cuando Inés le grita: ¡baje las patas Eustaquio! Porque no se quita primero los zapatos, mire como me volvió el edredón.

El viejito refunfuña y se levanta acercándose rápidamente a la ventana, yo trato de mantenerme incógnito. Ya pasadas las 6 pm y después de haberme dado un par de vueltas por la casa, haber hablado con algunos cuantos y cerrar la puerta mientras mi mamá chilla y salta haciendo los aeróbicos de Natty Montero, vuelvo a la ventana.

Ahora solo puedo observar un bulto sobre la cama y ni rastros de Oreo. El bulto zigzaguea, se mueve suavemente y un chillido aireado salta de uno de los lados de la cama. De pronto se asoma una piernita delgada y sobre ella una mano grande y cubierta de vellos. Mis ojos no dan crédito a lo que está sucediendo, la vieja Inés y don Eustaquio están haciendo el amor. Me refriego un poco los ojos y continuo viendo la escena, es difícil diferenciar entre los cuerpecillos frágiles y los movimientos bruscos, los jadeos y las tocatas internas.

Me emociona verlos en esas, no porque sea un muchacho morbosito, no niego que me excito como cualquiera de los de mi clase viendo escenas candentes o fotografías sugestivas, pero esto era diferente.

Una laboriosa labor entre el silencio de la ciudad que ya parecía dormida aun cuando apenas pasaban las 7:30 pero que por las situaciones actuales era de esperarse.

Me pareció algo bonito, porque sí –Me dije sonriendo, los viejos también se quieren, se quieren con la experiencia, con el trayecto, más que solo desde los ovarios y los cojones, de los arrumacos y él no me dejes. Yo creo que llevaban años sin tocarse los cuerpos, los había estado observando por semanas y era la primera vez que veía tanto acercamiento, tal vez sería el encierro o la continua recordación de la mortalidad que por estos días estaba en todos los diarios y medios audiovisuales. Se habían dado cuenta que seguían vivos y que ya no bastaba el café matutino, el tejido o las conversaciones esporádicas, que se necesitaban un poco, aunque no demasiado, como solo la experiencia te enseña.

El acto no duro mucho pero los dejo exhaustos, ambos tumbados en la cama y arropaditos como niños pequeños. Ya era más de media noche y el sueño también hizo lo suyo conmigo, me recosté en la cama y caí

adormilado.

Esto no se lo he contado a nadie, no quiero pasar por chismoso o comadrero, los detalles los he guardado solo para mí ; la llamada de Raquel, los cigarrillos y el tejido de la señora y hasta el olor del café matutino de la greca del viejo, los sonidos del amor maduro y austero y hasta las largas horas que Oreó sale a pasear con los viejos que aun con la restricción se dan su vueltica cogidos de la mano y vuelven a casa para lavarse las manos y prepararse otro café con francés.

No podría contarle, aunque quisiera nadie me creería. Todos los demás los vieron salir cubiertos con sábanas blancas y gente cubierta en plástico, Oreó replegado en una orilla gruñendo ferozmente mientras la sobrina de "Inesita", como le llamaba se lo llevaba lejos y esperaba que el viejo perro se acostumbrara a su nueva vida, al bullicio de los niños y al jalón de sus orejas mientras ocurría el juego, la incomodidad de vivir con dos gatos y una perra Bulldog de apenas tres meses que le lamia hasta el trasero cuando intentaba terminar de comer el alimento.

Todos vieron llorar a su hija que no veían desde hace más de dos años y que según contaba la vieja no le hacía ni una llamada a no ser que necesitaran que le cuidara a los nietos mientras viajaba para después traerle un llavero de recuerdo. También vieron la greca vacía y el pan francés sobre la mesa alimentando a las moscas y sus larvas, la cama perfectamente hecha y ni un solo sonido de amor maduro o de placer pagano, no vieron la televisión con la novelita de "prime time" o los cigarrillos de la vieja en la basura, ni una foto, ni un recuerdo, ni un abrazo.

En cambio a eso, yo preferí imaginarme como hubiera sido; sido antes de la visita ineludible de la muerte, antes de olvidarse de ellos mismos y de lo que habían construido juntos, de dejarse llevar por el tedio, por los reproches y por los malos recuerdos, antes de dejarse marchitar el alma por dejar simplemente de intentarlo, antes del miedo o del olvido, antes de que su hija madurara hasta podrirse y ya no le fueran necesarios, antes...

Hoy en la tarde mientras observo el paso del mundo por el cristal de mi ventana, tal vez me tome un café de esa greca con ambos y les cuente que los vi sin que nadie se diera cuenta, mientras les confieso imaldita sea! Huele delicioso.

Alicia Lebén. Derechos reservados.

Capítulo 5

Relato

No entiendo porque el amor llega justo ahora, cuando ya estaba tranquilo con mi propia soledad, cuando había aceptado por fuerza mayor que no sería al menos en esta vida cuando hablara de tardes de lluvia y helados o de películas viejas alunadas. Aun con cierta distancia entre nosotros la conocí (bueno como se puede conocer el silencio en medio de un ruido apabullante) de cierta forma. El gran evento ocurrió mientras trataba de agarrar algo de fruta fresca en el mercado, tenía unos hermosos ojos; era lo único que se alcanzaba a ver de su rostro cubierto, no sentí su aliento ni su aroma y tampoco pude ver sus manos tersas que se cubrían. Creo que es el peor tiempo para enamorarse, pero quien sabe de eso, igual mañana volveré a buscar la forma para escapar del encierro y llenarme de su silencio cubierto en medio del caos de mi mundo.

Alicia Lebén. Derechos reservados.

Capítulo 6

Hipocondríacos

En definitiva no sé lo que me pasa –grita Paula por la ventana mientras se toma el café de la mañana con las últimas galletas que quedan en la alacena. Hace un par de meses estaba recorriendo el mundo con una mochila al hombro y su Smartphone vomitaba instantes de miles de lugares extraordinarios, momentos inolvidables.

Las observo una a una, recuerdo el viaje a Cancún, Barbados, Honduras y a la India, ese extraordinario olor a gente en el metro de las grandes ciudades, que ahora no se siente en el aire, me quede detenida en el tiempo.

– ¿Pero era genial no? Nos divertíamos demasiado, los días y las noches se sujetaban a la atmosfera mientras nosotros dábamos tumbos, mientras hacíamos ruidos por doquier y nos creíamos dueños del mundo. –claro lo éramos. Los viajes se han reducido ahora solo a mi mente maníaca, ahora sueño todos los días escalando montañas imposibles, sabiendo que ahora ellas reposan tranquilas sin avistamientos, escucho los hermosos ríos sonar en mi cabeza cuando abro la llave y lavo alguno que otro traste de la noche anterior, me lavo la cara con fuerza para ver si tal vez sigo soñando y despierto en el desierto de algún lugar muy lejano observando las arenas infinitas y viendo acercarse como agua algún vecino amable que me salude a lo lejos con un idioma incomprendible.

No observo noticias hace años, pero ahora es imposible no toparse con algo, como esa piedrita en el zapato que no te puedes sacar mientras caminas y sonríes como si nada pasara, tan tranquila. Mi mochila ha sido puesta en cuarentena, no encuentra su lugar entre tanta quietud y está deprimida, yo la consuelo en las noches mientras fumamos un cigarrillo y observando el humo, me imagino que así se va la vida, extraño a las personas, con las que poco hablaba y los momentos que ahora solo quedan en la instantánea, en el artefacto.

Lo mismo le pasa a Jorge, el tan puesto, con ese traje, con la laptop y su café sin azúcar. Es difícil vernos a diario, se supone que estamos enamorados y decidimos compartir la vida, pero no sé si hasta ahora lo habías hecho realmente.

Tú en tus cosas y yo en las mías –decía, mientras se cepillaba los dientes y se despedía con un tierno beso en la frente a sabiendas de que volveríamos a vernos un no sé cuándo. Claro yo tampoco era diferente, trataba de besarle los labios lo menos posible para no extrañarlo de vuelta

en otro lugar, eso no me era útil. Me encantaba escucharlo hablar en inglés fluido con sus clientes de cabecera, esas líneas de corrido en otro idioma que yo había aprendido hace mucho tiempo y que solo usaba para comunicarme en todos los lugares donde no se conocía mi lugar de origen, ese desconocido paraje para muchos que también era mi hogar.

Jorge reniega un poco de las decisiones del gobierno, le parecen innecesarias y a veces insuficientes, yo entiendo que se sienta como un prisionero de guerra, sin armadura y su fuerza mermada a una cama cálida y la compañía de nuestro gato Euclides.

!Ese gato sí que disfruta la vida!, creo que eso es lo que más enferma a Jorge, no sabe cómo sentirse cómodo con él o conmigo o con Euclides. El perro del vecino ladra mucho, yo me asomo a la ventana porque esa quietud me enferma un poco también, el bullicio de Oreo, el perro me tranquiliza.

–Claro ahora no solo el inglés se entiende sino que miro las noticias en francés e italiano y aunque solo he tomado algunas de sus palabras para elevar mi coeficiente social o enamorar alguna chica que desprevenida deje caer sus murallas y entrar mi intelecto –porque indiscutiblemente soy más que eso, esa foto que todos miran, ¡Que elegancia, que garbo, que hombre! No por nada tengo muchos siguiendo mis pasos – dice orgulloso, sacando pecho y observando que los días de encierro les están dañando la panza.

Las noticias en francés se escuchan delicadas y no por nada es el idioma del amor, aunque poco de eso se habla estos días – le digo, riendo un poco mientras lo observo por el espejito pequeño y me maquillo un poco los ojos.

Esta mañana mientras intentábamos ponernos de acuerdo con la película del día –Jorge hecho un suspiro al aire y musito algo suavcito –Paula el despertar de hoy nos ha vuelto hipocondriacos, ahora me siento enfermo a toda hora, un estornudo para que mi cuerpo depure lo que le molesta –como es natural claro, ahora es todo un problema, me tomo la temperatura cada dos horas esperando que la maldita raya no supere los 36 – claro tampoco es la primera vez que no deseo pasar ese número.

En mi cumpleaños 35 pedí suplicante no envejecer porque que sería de mí cuando los mejores años se disiparan y solo quedara yo, sin fotografías insinuantes y con esa belleza que solo da la juventud, que sería de mí solo ante el espejo observando mi humanidad, esa que consideraba tan ordinaria.

Estamos enloqueciendo, no se tal vez. Miro las noticias para tratar de entender que sucede, me siento enferma de mí y de él, de nuestra incapacidad de adaptarnos al mundo, de compartir con los otros, de ser

familia. La enfermedad se agrava porque siento que no solo nos pasa a nosotros, la gran mayoría de mis vecinos parecen intentarlo, pero con una amplia probabilidad de fallar en el curso, unos con sus hijos y las incómodas conversaciones, el aprendizaje natural que se pasa entre generaciones y que parece se había olvidado por el transcurrir normal de la vida.

Sofi mi hermana esta curada, es de las pocas que se asombra y sonrío cuando la naturaleza canta en las mañanas y adora el silencio de las calles, la vida esta tomando su curso natural , esta retomando su espacio –dice sonriendo de oreja a oreja y los hoyuelitos que se le forman en las mejillas parecen reflejar algo de la luz matutina. Me abraza fuerte y me dice que me tranquilice, que la enfermedad solo esta pasando en mi mente, que no solo es el visitante de los cuerpos humanos que amilana nuestras fuerzas, es esa necesidad nuestra de controlarlo todo, suéltate–dice mientras baila una salsita de Willie Colon y se fuma un porro, Jorge la reprende, le dice que no está bien que se tranquilice de esa forma, que debe sentirse enferma, hipocondriaca como todos, que esa es la norma.

Sofi se ríe un poco tratando de no faltarle al respeto, me mira con las pupilas agrandadas y me besa las mejillas, se alegra por verme después de años, palmea en la espalda a Jorge y lo llama “ muñeco” le dice que se relaje, que distensione el musculo, que ya tiene más de 36 y aun así no está enfermo, que los estornudos esporádicos y las tosecillas en las noches solo son espasmos del cuerpo, que se asome a la ventana y aspire ese aire que se cuele más puro que nunca, que escuche el cantar de las aves que remplazan el claxon de su auto último modelo y el ruido de los transeúntes, que aspire la vida como si se fumara un porro, que deje salir la luz de los hoyuelos de su mente, que recuerde que a eso hemos venido, que el aprendizaje no es fácil y duele un poco, presiona el pecho , pero no es el visitante, es la vida misma, que te presiona para que despiertes, te hagas uno con el mundo, dejes de separarte del cosmos y de la creación misma.

Paula y Jorge miran a Sofí con cierta serenidad, esperando que arroje el virus que la corroe, las incansables quejas y sufrimientos que aquejan a sus amigos y vecinos hipocondriacos, en vez de eso , Sofí vuelve una sonrisa y mirando el firmamento despejado de la metrópolis mientras la lluvia empieza a caer y hace ese sonidillo que suelta las enredaderas del alma, arroja la cura, se deja llevar por el silencio y con la serenidad fuera de la hipocondria, une su cantar con las aves del jardín vecino.

Alicia Lebén. Derechos reservados.

Capítulo 7

Creo que nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos, ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven.

(Ensayo sobre la ceguera. José Saramago)

Estaban ciegos, todos ellos.

Sus miradas perdidas entre el bullicio y la sensatez amorfa que les destrozaba las cuencas,
danzando las melodías estridentes y portando orgullosos las cadenas de los escaparates.
Se habían quedado ahí, estupefactos viendo la nublada recurrente.
Era esa, la realidad que alentaba sus sentidos,
los otros;
los que alimentaban con placeres subterráneos y la valía desnutrida y en tiempo de muerte,
la de los expeditos de realidades enjauladas e insufribles instantes.
Se picaban los ojos para evitar enfrentarse a sus verdugos,
a los ícubos de las profundidades.
Infelices, ellos, solos, en medio de su ceguera blanquecina,
continúan golpeándose las cabezas
y negándose a traspasar el muro,
donde la bruma desaparece.

Eran ciegos todos, todos ellos.